

ANTONIO GALLO Y LA CRISIS DEL IMPERIO ESPAÑOL

n 1991 el investigador de temas santacruceros José Antonio García Albares dedicó un artículo en el programa de fiestas a Antonio Gallo, militar del Siglo de Oro natural de esta villa, con una concisa pero informativa semblanza que nos ilustraba sobre su larga vida de soldado en la que ascendió paso a paso por prácticamente todo el escalafón demostrando su valía y su valor; nos daba noticia de su obra escrita como autor de dos tratados militares de amplia influencia nacional e internacional; nos acercaba, en fin, a un personaje hijo de su tiempo, con gran sentido del deber a la par que una sensata humanidad, con la honra como divisa, y que no olvidó su patria chica al cabo de muchos años de recorrer como soldado el imperio europeo de España¹... El propósito del presente texto es desarrollar, contextualizar y ampliar lo que allí se expuso. Vere-

mos cómo la peripecia vital de nuestro personaje, en lo poco que de ella conocemos, sirve muy bien como exponente de la grave crisis que la Monarquía Hispánica hubo de afrontar, sobre todo en lo militar, justamente por las fechas en que publicaba sus obras. Al hilo de ello surgirá también alguna cuestión historiográfica.

1639 es el año de la publicación de *Desierto de ignorancias de todo género de soldados de infantería*, la obra de referencia de nuestro autor². En ella hace constar sus treinta y dos años de servicio en el Ejército y la Armada, si bien es propiamente un soldado del primero más que de la segunda. Soldado, cabo, sargento, alférez, capitán y, por fin, y como remate de su carrera, sargento mayor³, ascendió por todos los grados merced a su capacidad y méritos. No alcanzó el generalato, algo que sólo muy excepcionalmente lograba quien no pertenecía a la nobleza de cier-

to rango⁴. Él probablemente era hidalgo⁵ pero con seguridad no tenía ni la riqueza ni la alcurnia como para aspirar con normalidad a los mandos máximos de maestro de campo, maestro de campo general o capitán general. Tampoco es la habilidad estratégica propia de estos puestos sino la organizativa y táctica la que exhibe en sus textos: conoce a la perfección la función de cada cual en los tercios en los que hizo su vida, cómo deben ser las relaciones entre los diferentes grados, la psicología de los diferentes tipos de soldado, el valor de la disciplina y la virtud en la vida castrense, los riesgos de las corrupciones varias que traen tantos soldados de aluvión y oficiales de favor; establece en el punto oportuno las previsiones y prevenciones para impedir los fracasos y alcanzar éxitos, anota las prácticas y reglas que hacen de un grupo de combatientes un auténtico tercio español que los europeos del

¹ Este artículo puede consultarse en la siguiente dirección web: http://www.museosantacruz.org/Archivo/Prg_SCruz_1991_01_08.pdf

² La versión digitalizada de este libro puede descargarse libremente desde <https://books.google.com/> mediante una sencilla búsqueda que incluya las primeras palabras del título y el nombre del autor. Su otra obra, *Regimiento militar, que trata de como los foldados fe han de gobernar, obedecer, y guardar las ordenes, y como los oficiales los han de gobernar* también puede descargarse libremente en la siguiente dirección: <http://purlpt/30811>.

³ El sargento mayor era el jefe operativo directo de todo un tercio, segundo en jerarquía sólo por debajo del maestro de campo; era el responsable máximo tanto de su organización y logística como de llevar a término el despliegue táctico en las batallas y de la distribución de órdenes y contraseñas. Se elegía habitualmente de entre los capitanes más destacados, se trataba de hecho de un puesto reservado habitualmente a los militares más capaces y eficientes. Escribe nuestro autor sobre el cargo - y de paso sobre su propia persona: "es Teniente del Maestre de campo de vn Tercio, por lo cual conviene que fe elija del Capitan mas platico y mas experimentado en las cosas del Arte Militar, que fea mui hábil, y diestro Soldado, buen Arifmetico, robufto, y agil de su persona, y que reprentente autoridad, y que sea diligente y vigilãte, y afsi conviene, pues ha de fer Procurador y Maestre principal de toda la gente de su Tercio, y faraute, de quien penden todas la diligencias, cuidados, necesidades y remedios de todo el Tercio, y todos los advertimientos y provifiones que en èl se acostumbnan vsar, han de paffar por su mano, y es obligado á tomar las de su Maestre de campo como cabeça, gobierno y justicia ordinaria de su Tercio. Al Sargento mayor toca executar todas las ordenes, que con èl fe defcuida su Maestre de campo en todo y por todo, afsi en exercito, como en presidio: y de verdad que es gallardo cargo, y de mucha cõfiança y preeminencia, aunque de grandifimo cuidado; y todas las vezes que se le ofreciere en el exercito puede ver la cara de su General, y de fu Rey fi allí estuviere y no ai para él puerta, pavellon, ni cortina cerrada porque fu eminente cargo afsi lo requiere"

⁴ No obstante, hubo casos como los de Francisco Verdugo, hijo de una charcutera, o Julián Romero, hijo de un hidalgo maestro de obras, que demuestran que no era imposible tal ascenso en virtud de los méritos.

⁵ Así es considerado por ejemplo en *Revista de armas y letras* de 30 de enero de 1926 (*Semblanzas de hidalgos soldados*, p. 11). Quizá en la documentación económica y de acuerdos municipales de la época que aún se conserva en el Archivo Municipal pudiera encontrarse algún dato sobre su filiación y ascendencia.

momento aún temían. Creía firmemente en la meritocracia como la clave para mantener la eficacia del ejército imperial. Hombre completamente práctico, no perdía de vista jamás las necesidades logísticas y organizativas que posibilitan las victorias. Así, sus libros están repletos de útiles consejos y ausentes de teorías, lo que no impide el tratamiento con un nivel técnico de verdadero profesional, matemáticas incluidas, de las tácticas bélicas que eran su especialidad, a saber, las del arte de formar escuadrones, auténticos engranajes de aquella formidable máquina de guerra que fueron los tercios, con sus piqueros, arcabuceros, mosqueteros y caballeros formados en orden de batalla. No es por tanto Antonio Gallo del linaje de un Garcilaso de la Vega, el modelo humanista del XVI en que se unen las armas y las bellas letras. Tampoco es un aventurero como un Alonso de Contreras o un Miguel de Castro que alardean de sus lances, y mucho menos un pícaro como el pretendido Estebanillo González. Nuestro protagonista es también como ellos soldado y escritor, pero lo es como un sobrio, trabajador y competente militar profesional que completa su formación mediante el estudio y consigue a base de tesón hacerse un puesto en la historia y la ciencia castrenses, un experto y un técnico más que un literato. Pero es algo más, porque la milicia fue su genuina vocación, la guerra su modo de vida... Como él mismo se presenta con el título de su libro, no sólo es sargento mayor, también, y antes, se titula capitán⁶, el guerrero por excelencia que lleva grabadas en el ros-

tro y en el cuerpo las firmas de la guerra, cuya íntima motivación es alcanzar en las "ocasiones" la gloria que le proporcione la mayor de las honras y los honores que la acompañan. En total, un jefe templado, no sólo por su temple, sino también por su aplomo y por su ecuanimidad y buen trato; alguien a quien los veteranos como los bisoños saben que tienen que respetar y temer, mas en quien también pueden confiar en la batalla como en la rutina. Es, por fin, un católico sin fisuras, espada de la Contrarreforma, que tiene a su Dios por el primero de los reyes y a sus representantes de la Iglesia como las autoridades morales y religiosas indiscutibles, quienes en el seno de la vida marcial orientan hacia esa virtud que, a su entender, distingue al auténtico soldado cristiano.

21406

DESTIERRO
DE IGNORANCIAS
DE TODO GENERO DE
SOLDADOS DE INFANTERIA.

POR EL CAPITAN Y SARGENTO
MAYOR ANTONIO GALLO, NATURAL
de Santa-Cruz de la Zarza.

AL EXC^{mo} SEÑOR
DON GASPARD DE GYZMAN, CONDE
de Olivares, Duque de San-Lucar la Mayor, Marques de
Elche, y de Zarcoilla, Camarero y Cavallero mayor del
Rey nuestro Señor, de sus Consejos de Estado y Guerra,
Gran Chanciller de las Indias, Capitan general de la
Cavalleria de España, y Comendador mayor de
la Orden de Alcántara, etc.

CON PRIVILEGIO, EN MADRID.
EN LA IMPRENTA DE FRANCISCO MARTINEZ.

Año de M. DC. XXXIX.

En 1639 la armada española fue derrotada por la holandesa en la Batalla de las Dunas. No se trataba de una batalla más, pues con ella finalizó la hegemonía naval hispana, y se cerró definitivamente la vía marítima de transporte de tropas y aprovisionamiento a los Países Bajos... Desde 1635 la guerra declarada por Francia venía agravando con las más peligrosas de las amenazas el ya más que difícil escenario bélico que trataba de manejar el Conde Duque de Olivares... En Italia, en el Imperio Germánico, en Flandes, en los mares y colonias la Monarquía Hispánica se enfrentaba a todas las potencias europeas a la vez -Francia, Inglaterra, Holanda, Suecia, amén del Imperio Otomano- a excepción de la gobernada por la otra rama, la centroeuropea, de los Austrias. Y lo peor estaba por llegar: a partir de 1640 la guerra llegaría al territorio peninsular mismo... Cataluña y Portugal se rebelaron⁷ dando comienzo sendos conflictos, que acabaron por sobrepasar la capacidad de respuesta del ejército y la hacienda de Felipe IV. En 1643, en la Batalla de Rocroi, los tercios sufrían, en fin, su primera gran derrota en batalla campal que marcó el principio del fin de su hegemonía también en los escenarios terrestres europeos... La decadencia española del siglo XVII entraba así en fase de crisis aguda precisamente en la época en que Antonio Gallo publicaba sus obras, algo que no dejó de reflejarse de cierto modo en ellas, como veremos, en lo que a su asunto concierne, y que también afectó directamente a su existencia.

El desgaste producido por las continuas

⁶ El puesto de capitán de compañía de un tercio gozaba de más prestigio que el de sargento mayor a pesar de su grado inferior. El capitán fue tradicionalmente el encargado del reclutamiento para los tercios, es decir de formar su propia compañía que pasaría a integrarse en uno de ellos, de la cual compañía era jefe natural y directo tanto fuera como dentro de la batalla, en donde era el primero -o debía serlo- en afrontar el peligro.

⁷ En Andalucía, Aragón y Nápoles también hubo levantamientos separatistas, que, no obstante, fueron dominados con mayor facilidad. Sin duda se corrió en aquellos años el riesgo muy real de un completo desmembramiento del Imperio.

guerras y conflictos internos y otras calamidades⁸ no pueden explicar totalmente el declive del poderío hispano. Siempre junto a las circunstancias hay que tener en cuenta las decisiones y las acciones de los actores históricos para afrontarlas. Sin duda el esfuerzo bélico, la emigración, las malas cosechas, el empobrecimiento debilitaron aquel reino de reinos, pero muy especialmente a la Corona de Castilla⁹, que tuvo que soportar prácticamente en solitario el esfuerzo, y sufrió un notable descenso demográfico. A pesar de todo, lo decisivo fueron los actores políticos, del pueblo llano al rey... Aquí nos interesa en especial lo que concierne al ámbito castrense.

El Conde Duque de Olivares, a quien nuestro escritor dedica su *Destierro de ignorancias*, intentó rehacer el Estado reorganizando **hacienda y ejército** para enfrentar los nuevos retos políticos y militares siguiendo la tendencia hacia el absolutismo real y su consecuente centralismo político que iba enseñoreándose de Europa... La modernidad y eficacia que desde los Reyes Católicos supo imprimir la monarquía en ambas estructuras administrativas fue lo que realmente fundamentó el auge del Imperio Español. En lo tocante al ejército no fue solamente el valor de los hidalgos lo que hizo tan eficaces y temibles a los tercios durante el XVI, tanto o más contaron un contexto secular que había forjado toda una sociedad orientada a la guerra, la existencia de un

numeroso cuerpo de milicia real permanente, de toda una serie de innovaciones tácticas, armamentísticas y logísticas que el Gran Capitán y sus herederos fueron aplicando, de un sistema de instrucción de reclutas sorprendentemente completo y avanzado¹⁰, incluso de un sistema de atención médica para los combatientes con hospitales de campaña y hospitales centrales aún más adelantado a su tiempo... características todas que no tenían paralelo ninguna en los demás países de la Europa de aquel periodo. Pero lo que proporcionó el auténtico cemento que hizo de la institución militar la roca en que se asentó el poderío español fue la moral que supo inculcar en sus miembros: una dura disciplina que no tenía nada que envidiar a la de las legiones romanas, un espíritu de cuerpo que confería a sus integrantes un sentimiento extremado de la valía propia y de solidaridad, y, sobre todo, la importancia reconocida de los méritos en la carrera de armas. Los grados había que ganárselos, y con ellos el reconocimiento. Sobre unos soldados que no soportaban según qué ofensas ni siquiera de sus superiores y que se disputaban los puestos de mayor peligro para ganar honra, la autoridad se basaba más en el prestigio que en la ordenanza. Además, los ascensos también posibilitaban, en un mundo tan rigurosamente estamental como el de la época, la progresión social: tal predicamento tenía el ejército entonces... Con el siglo XVII las innovaciones bélicas de

las otras potencias europeas empiezan a cuestionar la preponderancia española, pero es la misma política interna la que asediada por las dificultades acabó por cuartear aquella dura roca. Los fines del Conde Duque, uniformar la hacienda y el ejército de manera que los diversos reinos peninsulares e italianos del Imperio aportasen proporcionalmente a su riqueza y población recursos para el esfuerzo guerrero, eran probablemente legítimos y correctos. Sin embargo, no es ya que se justificasen o no los medios, sino algo mucho peor en política, el que esos medios resultasen contraproducentes por sí mismos, vino a causar perjuicios irremediables a toda la milicia... A partir de 1630 pero muy especialmente de 1640 la falta de dinero condujo al Valido y al Rey a una política de venta de cargos y honores militares que corrompió no poco la institución, y ello en contra de la misma Ordenanza Real de 1632 que estipulaba taxativamente los tiempos de servicio para el ascenso por el escalafón¹¹. Los miembros de las oligarquías locales eran los únicos que podían allegar en aquellos tiempos hombres y dinero, comprando para sí los cargos superiores. Tal cosa no sólo dio lugar a que hubiese en aquel sector creciente de la oficialidad y soldadesca incompetente, sino que desalentaba a los veteranos que llevaban muchos duros años de carrera y eran los sillares en que se apoyaba el resto del ejército, y que ahora veían cómo advenedizos sin experiencia lograban los

⁸ Durante el siglo XVI, pero muy especialmente el XVII todas las potencias europeas del momento padecieron enfrentamientos civiles y entre sí casi permanentemente, pero en el caso de España ese "casi" casi desaparece en su esfuerzo por conservar el predominio. Cuando no guerreaba en un solo frente es porque lo hacía en dos o más... El nacimiento de los estados nacionales modernos a partir del mundo medieval a través de las pugnas dinásticas fue un proceso muy violento, que en el siglo XVII llegó a su apogeo. Si a esto se unen los desastres naturales, pestes y hambrunas, que asolaron con singular frecuencia Europa -y no solo ella-, el XVII se ha hecho merecedor del calificativo de "siglo maldito". Si la vida del soldado podía llegar a ser por momentos indeciblemente dura y miserable, la de los civiles podía resultar aún peor.

⁹ En aquella época Castilla ocupaba la Península menos el reino de Portugal, el de Navarra y el de Aragón (éste incluía aproximadamente los actuales territorios de Aragón, Cataluña, Valencia y parte de Murcia).

¹⁰ El recluta aprendía a manejar las diferentes armas y a ejecutar los diferentes movimientos tácticos, y recibía una excelente preparación física con distintos tipos ejercicios pensados para la actividad que tendrían que desarrollar. Solía recibir la instrucción en Italia para ser enviado después a los campos de batalla de Flandes u otros focos de conflicto... "España mi natura, Italia mi ventura, Flandes mi sepultura", se decía.

¹¹ Esta doblez del gobernante que promulga justas normas para luego él mismo vulnerarlas es un rasgo muy típico de la corrupción española, si se permite la expresión.

beneficios y honores que a ellos se les negaban, con las perniciosas consecuencias que pueden suponerse sobre todo el cuerpo militar... Gracias a la limitación que desde los Reyes Católicos el poder real supo imponer al nobiliario y local pudo este país ver su mayor ciclo expansivo; con la vuelta de la dependencia de aquel poder unificador respecto de estos otros, la decadencia y la corrupción llegó para quedarse.

En ese contexto hay que situar al Antonio Gallo escritor. Su vida, en una época en que los cincuentones se consideraban ancianos, ya empezaba a declinar. Lo más probable es que se sirviese de sus libros para obtener algunos recursos económicos adicionales en un tiempo en que las compensaciones, remuneraciones o pensiones para un soldado u oficial cerca del retiro dependían del favor real, que, ya se ha dicho, por entonces estaba más bien a la venta en España. Muchos veteranos se enfrentaban así a la indigencia. Ahora

bien, nuestro autor publicó un segundo libro en Lisboa en 1644 cuyo contenido es virtualmente el mismo que el *Destierro de ignorancias*¹². ¿Qué ocurre en el lapso entre ambas obras para que veamos al castellano publicar en el Portugal rebelado? ¿Cómo pasa de la dedicatoria al de Olivares a titularse caballero de la portuguesa Orden de Cristo en los títulos de sus libros? Al responder a estas preguntas veremos también entrar al militar en la historia como tal militar, a la par que nos dará ocasión para hacer alguna aclaración historiográfica. En efecto, Antonio Gallo no sólo tiene un lugar en la historia como autor, también aparece mencionado en el relato de varias operaciones bélicas como sargento mayor de algunas obras de historia generales y otras de tema más especializado. En concreto, nos lo encontramos actuando con el ejército del que sería rey de Portugal Juan IV durante los primeros años (1641-1643) de la confrontación con Castilla en el principal

escenario de operaciones de aquella guerra de frontera, Extremadura. Hay que observar que en varios textos españoles no está clara o está equivocada como portuguesa su "nacionalidad" en el relato de esos episodios¹³, y en algunos textos portugueses tampoco se indica su origen castellano (pero no está equivocadamente calificado de portugués), sin embargo en otros de los textos portugueses sí que queda claramente establecido su origen castellano¹⁴. La cuestión es cómo y por qué se puso bajo la bandera del Portugal rebelado o restaurado, según se mire. A falta de una averiguación minuciosa en los archivos y bibliotecas que guardan las fuentes primarias pertinentes¹⁵ para tratar de documentar y fundamentar un relato pormenorizado, nos valdremos de aquellas secundarias que se han podido manejar y que permiten proporcionar una explicación más o menos razonable.

A fin de valorar el paso que dio el de Santa Cruz hay que tener en cuenta pri-

¹² Un cotejamiento del *Regimiento militar* citado en la nota 2 con el *Destierro de ignorancias* muestra que aquella obra resulta prácticamente una paráfrasis de ésta capítulo a capítulo y casi párrafo a párrafo sólo con algunas pequeñas diferencias.

¹³ Pueden citarse varios ejemplos. En la erudita obra del XIX de Antonio Cánovas del Castillo *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II* (Madrid, 1910, p. 373) está escrito "Hubo también no lejos de Olivenza un choque entre D. Juan de Garay y Antonio Gallo, portugués...".

En la también muy erudita historia del Padre Mariana y José Sabau *Historia general de España. Continuación de las tablas cronológicas desde el año 1640 hasta el de 1665* (Madrid, 1831) puede leerse en la página 200 "[en 1641] Monterrey hacia en Mérida grandes acopios de municiones, y no se dudaba que su intención era atacar la plaza de Olivenza... Antonio Gallo Sargento mayor y D. Juan Alvarez Barbuda salieron a resistirles con un cuerpo numeroso de tropas". Y más adelante "[1642, zona de Olivenza] Poco tiempo despues tuvo Garay una accion mas reñida cerca de Olivenza con Antonio Gallo que mandaba un cuerpo de infantería y caballería" (Ibidem, p. 245). No se indica explícitamente que fuese portugués en este caso, pero el contexto puede darlo a entender.

También en el reciente texto de Antonio Jiménez Estrella *Mérito, venalidad y corrupción en España y América. Siglos XVII y XVIII* (Valencia, 2016, pp. 91-113) se le pone de portugués: <<El portugués Antonio Gallo recalca que la experiencia y la antigüedad debían ser los criterios de ascenso en la milicia, por lo que los capitanes de compañía "deben ser elegidos...">>.

Ver también la página web: <https://valverdedeleganes.hoy.es/noticias/201802/11/portugueses-asaltan-valverde-1641-20180211112420.html>

¹⁴ Entre los textos en donde le vemos como sargento mayor capitaneando diversas operaciones militares portuguesas en el área de Olivenza, Elvas y Badajoz durante los primeros años del enfrentamiento (1641-1643) sin que se indique su origen castellano están, por ejemplo, la más importante obra de referencia sobre la Guerra de Restauración –como es llamada en Portugal– de Luís Menezes (*Historia de Portugal restaurado*, Lisboa, 1679, v. pp. 215, 379); en la de Luís Marinho d'Azevedo *Dos valerosos feitos que os portuguezes obraram em defesa de seu rey & patria na guerra de Alentejo* (Lisboa, 1644, v. pp. 22, 28-31, 63, 88, 97, 107, 132); o en la de Aires Varela (*Sucessos que ouve nas fronteiras de Elvas, Olivença, Campo Maior e Ouguela o segundo anno da recuperação de Portugal*, Elvas, 1906, p. 19).

Entre los textos en portugués que sí que aseveran el origen castellano de nuestro protagonista tenemos, por ejemplo, el interesante artículo, especialmente relevante para el propósito del presente escrito, *O sentido de "pertença" na raia alentejana durante a Guerra da Restauração: identidades e fidelidades num clima de conflito*, de Jorge Penim de Freitas (Revista de Estudos Extremeños, 2017, Tomo LXXIII, Número III, p. 2613), que deja claramente establecido el origen castellano de nuestro personaje. Puede consultarse también la bien documentada página web dedicada monográficamente a esta guerra <https://guerradarestauracao.wordpress.com/2008/04/23/postos-funcoes-e-cargos-do-exercito-portugues-1-o-soldado-de-infantaria/>, que también deja aclarado el punto. Aunque se trata de textos en portugués su comprensión resulta fácil.

¹⁵ En España, la sección de Guerra Antigua del Archivo de Simancas, sus memoriales, relaciones de servicios, y listas de oficiales del Consejo de la Guerra, y de las consultas de éste elevadas al Rey; los expedientes de militares del Archivo Histórico Militar; los volúmenes 16-19 del *Memorial Histórico Español* de la Academia de la Historia; algunos manuscritos de la Biblioteca Nacional; los archivos municipales y notariales de la parte española de la Raya. En Portugal, los correspondientes igualmente a las poblaciones de la parte portuguesa de la Raya; el Arquivo Histórico Militar de Lisboa; el Arquivo Nacional da Torre do Pombo.

mero el carácter profesional de los soldados de entonces, que a fin de cuentas eran mercenarios vinculados por un contrato—"mercenarios con un profundo patriotismo" se ha denominado con acertada paradoja a los españoles de los tercios. De hecho era en un tópico de debate teórico durante aquellos siglos el derecho a y la licitud de los cambios de bandera tan habituales entre los militares de todo rango. Por otra parte, es importante comprender que en el Seiscientos las relaciones de vasallaje de raigambre medieval todavía disponían de notable fuerza y consideración, tales que podían equipararse a las de la pertenencia "nacional":

"Había excepciones [a la lealtad debida por motivo de nacimiento a la propia *nación*]. Otra concepción identitaria fundamental era la noción de vasallaje, la cual se podía sobreponer al distintivo gentilicio. Pero esta estaba prácticamente restringida a la nobleza y al medio militar. Ser de nación extranjera y el fiel vasallo de un soberano no era incompatible. Ha habido militares españoles que continuaron sirviendo en Portugal después de la Restauración, batiéndose por la causa de Juan IV, como el maestro de campo Sánchez del Pozo o el sargento mayor Antonio Gallo, autor de un tratado militar. Los portugueses que permanecieron en la obediencia de Felipe IV eran vistos del lado español como fieles a su hijo rey legítimo, pero los que habían pasado al ejército portugués después de haber servido a la monarquía dual, eran considerados traidores, pendiendo sobre ellos la pena de muerte, si fuesen aprisionados." (*O sentido de "pertença" na raia alentejana durante a Guerra da Restauração* de Jorge Penim de Freitas. V. cita del artículo en la nota 10).

Como se da a entender en este texto, parece que Antonio Gallo estaba ya en Portugal cuando se produjo la rebelión y pasó a servir al nuevo rey. Lo mismo pare-

ce apuntar la siguiente referencia asimismo traducido de otra fuente portuguesa:

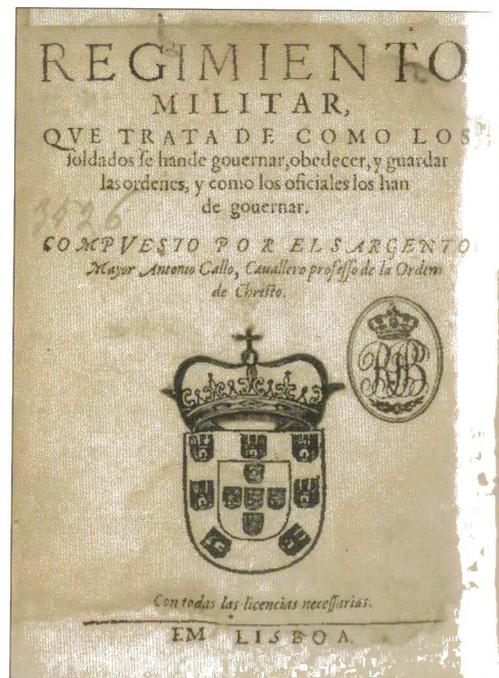
"[Antonio Gallo] Nacido en el reino vecino, caballero profeso de la Orden de Cristo, optó por tomar como su soberano a Juan IV, continuando su residencia en Portugal después de la Aclamación." (V. página web citada en la nota 10).

Estos textos darían cierta razón del cómo del cambio de nuestro protagonista... Más relevante resulta el porqué. Motivos no le faltaban, y pueden rastrearse hasta cierto punto en sus propios escritos y en el contexto. Que se repunte "Cavallero professo de la Ordem de Christo" en la página de título de su libro *Regimiento militar* no es un dato anecdótico. La Orden de Cristo era la denominación para la Orden del Temple en Portugal y su *Gran Maestre* era entonces el mismo rey, que hubo de nombrarle personalmente. El de los "hábitos" era el máximo honor a que podía aspirar un militar tanto en la Monarquía Hispánica como en la portuguesa, y ya sabemos que Antonio Gallo como hombre de su tiempo anhelaría vivamente en su afán de honra el lucir una cruz como la patada sobre su pecho. Muchos nobles no conseguían un hábito de orden militar aun pretendiéndolo largamente. Esta distinción, claro está, podía y solía venir acompañada de ventajas sociales y de otro tipo. Lo más natural es suponer que, en razón de su reconocida valía, el de Santa Cruz negoció las condiciones para ponerse bajo bandera portuguesa; su mayor presencia en la literatura histórica del país vecino sobre la Guerra de Restauración confirmaría dicho reconocimiento. Como ya se ha apuntado antes, la publicación de su segundo libro en 1644 en Lisboa fue seguramente otro beneficio añadido para el viejo veterano

que el año anterior hubo de jubilarse por motivos de salud¹⁶.

Pero no cree quien esto escribe que el provecho personal fuese el único motivo que le llevó a abandonar la bandera con la Cruz de Borgoña. El hartazgo y un radical rechazo de la política de favores cada vez más frecuente y consolidada con Olivares y Felipe IV, que en sus libros recibe una crítica sin ambages –como igualmente hace con las demás formas de corrupción que por experiencia conoce– fue muy probablemente otro motivo tan poderoso como el puramente egoísta para el distanciamiento de su antiguo Rey. Puede leerse en el *Destierro de ignorancias* con relación al nombramiento de los capitanes:

"y fiendo nõbrados de esta forma [de acuerdo a sus méritos y tiempo de servicio] se quitará el abufõ tã dañoõ q ai de nõmbrar capitães por favores, sin saber q cosa es la Milicia,



¹⁶ (V. página web citada en la nota 10).

y añ permita Dios no sea por otras adherencias, cosa que es muy perniciosísima y muy dañosa para el servicio del Rey, por lo qual tales nombramientos han de hazerfe en personas que ayan fervido todos los demás cargos." (*Destierro de ignorancias*, 23).

Y justo en ese lugar hay un significativo añadido en el *Regimiento militar* que endurece aún más la crítica a los capitanes y oficiales corruptos en general:

"La honra de los Reynos, y Señorios, y fu custodia, y guarda, confite en la perfeccion militar, y en no tener en ella oficiales, que solo tiene la mira en lo que han de robar, fino en acudir a servicio de fu Rey, y Señor. Por lo que los Capitanes han de fer elegidos... que no ayan delinquido en cofa, que toque a la hazienda Real, ni focorro de foldados" (*Regimiento militar*, 20).

Puede sorprender la rudeza de estas palabras incluso en la pluma de un militar, pero estaban más que justificadas en aquel momento y lugar (de hecho se ajustan con exactitud a lo que estaba ocurriendo en Extremadura, y puede suponerse que las escribiera teniéndolo en mente), a la vez que muestran a las claras que el lenguaje lisonjero que utiliza en su dedicatoria a Olivares no le impidió la menos diplomática de las denuncias ante lo que le parecía inadmisibles en las consecuencias de sus políticas¹⁷. El quedar desatendido el conflicto con Portugal por la Monarquía Hispánica durante aquellos años debido a la prioridad dada a la guerra en Cataluña, Italia y Flandes tuvo por

lo demás una serie de efectos que agravaron aún más en aquella región la corrupción que iba enfermando la institución castrense. Del lado español era un destino mal considerado por los militares de carrera por la poca o ninguna gloria que prometía; las mismas autoridades militares allí destinadas fueron las primeras en no cumplir con su deber dedicándose a sus asuntos y placeres privados antes que a guerrear; la oficialidad, seleccionada en buena proporción de entre los locales, en especial los capitanes, hacían en muchos casos lo mismo robando de diversas maneras a la población, en otros engañando a la hacienda pública¹⁸ cada vez más en propio provecho, e incluso en detrimento de los propios soldados, en ocasiones hasta extremos infames; estos últimos, por su lado, pertenecientes igualmente en gran parte a la comarca, se dedicaban al pillaje y eran tan temidos o más por los lugareños que los "enemigos"; la desertión y la traición, menudeaban en ambos bandos; y en el campo de batalla, en fin, la cobardía, la negligencia y la desorganización empezaron a cundir. Muchos de estos males y bajezas están desde luego presentes en muchas guerras, pero raramente con la frecuencia y el descontrol que en esta. Como sentenciaría veinte años después Don Juan de Austria tras la derrota que acabaría por ser definitiva ante los portugueses "ningún hombre en el ejército cumplió con lo que debía"... Durante los primeros compases de aquella larga

y turbia guerra de frontera, pues, en los episodios propiamente bélicos, no mereciendo escaramuzas, fue en donde nuestro militar tuvo su protagonismo para la historia, comandando diferentes operaciones... un degradado cuadro que ya desde antes que comenzase el conflicto ofrecían aquellos "tercios" del lado castellano y que Antonio Gallo conocía bien, a buen seguro que no comprometió su patriotismo.

La misma tradición española ha venido considerándole como un modelo de soldado y estimable autor. Ahí están sus más de treinta años de servicio y una obra que figura en los repertorios bibliográficos de referencia y que todavía es objeto de atención y mención. Y vistas sus circunstancias personales y las del momento histórico, lo cierto es que se decidió por lo que para él era lo más importante frente al panorama de decadencia que le rodeaba: el mantenimiento y acrecentamiento de su honra como militar. Con todo ello, a la postre, no hizo sino manifestarse como vencedora la misma decadencia de aquel ejército que perdía a sus elementos de valía... Antonio Gallo, que comenzó su vida al final del Renacimiento, cuando España aún era la primera potencia europea y mundial, pudo ver y entender cómo su imperio empezaba a batirse en retirada conforme el XVII avanzaba y cómo se extendía sobre él la pesimista mirada de nuestro Barroco.

Eugenio Ruiz

¹⁷ Sin embargo –las actitudes humanas no son angélicas– vemos cómo en otra significativa modificación de un libro al otro se suprimen en *Regimiento militar* unos párrafos en donde se criticaba la mala calidad de los sargentos mayores que el Ejército de la Monarquía Hispánica estaba enviando precisamente a la frontera con Portugal (v. *Destierro de ignorancias* p. 62), tal vez con la intención de postularse él mismo para el puesto bajo la bandera imperial, o no, dado que se trataba de un destino poco apetecible para el currículum de un militar... como fuese, en este caso parece prevalecer con la supresión de dicha crítica, y por tanto de la mención de su vínculo con su anterior rey, la diplomacia o la precaución sobre la denuncia. Esos mismos párrafos atestiguarían asimismo que nuestro hombre ya había estado o estaba antes de la rebelión en Portugal y

¹⁸ Los capitanes eran los encargados de gestionar la minuta de las compañías que regían. Una práctica corriente de defraudación era consignar más soldados de los que había en la compañía; de esta manera algunos capitanes se enriquecían robando al erario público, pero sin embargo otros lo que hacían era compensar mediante ese ardid a sus soldados después de mucho tiempo sin pagas o por otras circunstancias. Como en todas las realidades de corrupción, el factor crítico está en la proporción de abusos, que siempre existen, pero que cuando se extienden más allá de cierto límite corrompen un organismo o una administración hasta hacerlos ineficaces para el fin que fueron creados.